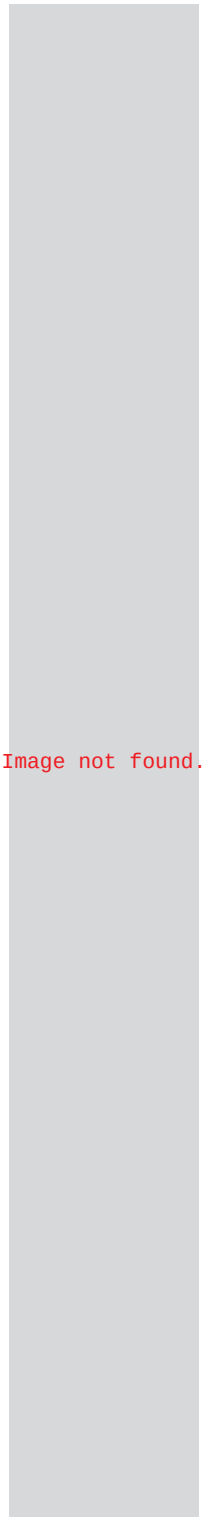
Quince sendas

Eva Lermas



Capítulo 1

LIMÓN Y FRESAS

Aún notaba resentidas mis piernas. Mi cabeza seguía dando vueltas a causa del placer que me había proporcionado esta nueva experiencia. Notaba en el ambiente un ligero olor a limón con trazas de fresa. Y todo ello me recordaba tan gozoso momento; creo que nunca me había sentido tan llena y satisfecha. Podría decir que me sentía segura de mí misma, cosa que no experimentaba desde hacía tiempo. ¿Había sido por aquella situación tan novedosa, o simplemente me sentía realizada? Amada, o no, por un hombre tan atractivo que sólo pensaba en mis cuidados, Damián quería satisfacerme en todos los sentidos. Y claro que lo había conseguido. Había logrado lo que otros hombres no podrían ni imaginar.

Otra vez esa fragancia a limón y fresas me sacó de mi ensimismamiento sexual. Recordar a Damián me provocaba un calor interno que no podía remediar. Y ese olor… ¡qué buen rato pasamos! Recuerdo que las fresas comenzaron a rozar mi cuerpo y, tras ellas, la lengua juguetona de este hombre me incitó una agradable sensación. Aún me sonrojaba al mencionarle. ¿De dónde había salido este semi Dios, capaz de provocar tan grandiosas sensaciones a una mujer? Deberían de existir más hombres como él. ¿Dónde se habían metido todos ellos?

Aún recostada en la cama, miré a mi acompañante, desnudo sobre el colchón rojizo. Mi sonrisa ante tal recuerdo evocó una subida de temperatura en mí que solo podría remediarse con otro acto similar. “Si lo despierto, ¿querrá volver a hacerme suya? Lo intentaré.”

Le susurré al oído cosas inimaginables, le rocé la espalda con la yema de los dedos suavemente. Y, por último, le lamí el lóbulo de la oreja sensualmente con tal de que, tanto su zona íntima como él, realizaran cualquier estímulo de actividad. Y surgió efecto. Damián, con una sonrisa juguetona en la cara, dio media vuelta en mi dirección con el objetivo de macharcarme. Volvería a torturarme sensualmente, excitando mis sentidos para un mayor placer. ¿No era eso lo que había querido, despertando a este hombre? Pero un breve temblor de cobardía surgió tímidamente en mi labio, pronunciándose un insignificante tic en la comisura. Sin embargo, aquel temor se transformó rápidamente en excitación con el simple roce de Damián. Él sabía perfectamente lo que yo deseaba, y lo que, en realidad, necesitaba. Otra vez ese olor a fresas y limón confundió mis sentidos. ¿Volverá a rozarme con estas frutas naturales? Mi boca advirtió un cierto sabor a nata con la que trazó un camino sobre su cuerpo desnudo. Salivé con ese recuerdo tan glorioso y excitante. Pero esta vez no se presentaban los hechos como antes, no

satisfaría mis deseos tan pronto. Por el contrario, una cuerda de cuero con pelo negro parecía ser la protagonista esta noche. Sin rechistar, dejé pasivamente que me la colocara sobre los tobillos, proporcionándole seguridad y mandato. ¿No consistía en eso? Yo, por el contrario, disfrutaba de mi pasividad, dejando que me dominara y experimentara con total confianza. Damián, mirándome ansioso, dejó ver tras de sí una fusta de igual material que las ataduras. Sus ojos parecían bolas de fuego capaces de derretir cualquier glaciar que se presentase ante él. Podía vislumbrar en ellos lo que sucedería después; tenía ante mí unos ojos grandes y atrayentes, parecían bolas de cristal con las que adivinar un futuro inmediato…

Un agudo sonido sonó trepidante en la cocina. Aquella maldita tetera me había sacado de mis ensoñaciones. Sudando en el sofá con un libro en la mano, caí rendida ante tan tempestuoso sueño. ¡Cuando estaba en lo más interesante! Mi corazón palpitaba excitado por lo ocurrido, mientras mi mente divagaba por última vez ante tal fantasía. Mirando el libro que había caído de manera horizontal sobre mi cuerpo, decidí que no volvería a leer Cincuentas sombras de Grey antes de ir a la cama, ni tampoco cuando preparase mis tés de limón y fresa rutinarios.

Capítulo 2

EL ASESINATO DEL BARRIO SANTA CARMEN

La inspectora Beltrá miró a todos los presentes de manera sospechosa. Se preguntaba hacia sí quién habría sido la persona que había matado a sangre fría a aquel hombre. Todos tenían un lado oscuro, pero a su vez, sus miradas parecían reflejar bondad y sinceridad. Por ahora, ninguno de los allí presentes había afirmado ser el asesino, ¿y quién lo haría en su lugar? Nadie se mancharía las manos tan fácilmente. Por ello, María Beltrá propuso un gran plan con el que destapar al culpable. Si ellos no responden abiertamente, acabarán acusándose unos a otros.

-Buenos días a todos. Soy la inspectora María Beltrá. Os he reunido aquí para desenmascarar al culpable. Como todos sabéis, sois sospechosos del asesinato de Mario, un banquero del barrio Santa Carmen. ¿Los motivos? Aún no lo sabemos, pero entre todos podremos seguir hacia delante. ¿O preferís cargar con la carga del asesinato? Vosotros sabéis qué debéis hacer.

Tras estas palabras, los allí reunidos palidecieron. Callados y mirándose unos a otros, comenzó el turno de susurros tan común en esta situación. Si el plan salía como querían, en menos de una hora el culpable saldría a la luz. Un caso más cerrado en este medio año que llevaban. Mientras tanto, la inspectora Beltrá los vigilaba minuciosamente. Se detenía astutamente, y fijaba en cada movimiento, en cada margen gestual que realizaban los sospechosos. Siempre era preferible observar cada paso que dieran, pues podía dotar de pistas casi invisibles al ojo humano, pero que tenían tanta relevancia como un vídeo con el asesinato. Y todo fueron susurros y comentarios hasta que uno de ellos se decidió a hablar:

-Inspectora Beltrá, has comentado que nosotros sabemos que hacer. Está claro que nadie de los que se encuentran en esta sala quiere cargar con un asesinato que no ha realizado. Nosotros hemos testificado, me incluyo en el acto. ¿Qué más podemos hacer? ¿Vas a preguntarnos más cosas, pero ahora en común?

Mirándola en silencio, el hombre que se atrevió a hablar recompuso la cara que anteriormente había palidecido. Llevaba la mangas de la camisa subidas, mientras que un abierto en la zona del pecho le delataba caluroso. Manuel, carnicero en el barrio seguido al de Santa Carmen, había perdido su negocio por no poder pagar todos los meses. ¿Sería él el culpable? Aún habría que comprobar la actitud de los demás para poder

corroborarlo.

-Señor Manuel, así es. Me gustaría realizaros unas preguntas en común. Puesto que no nos han servido para cerrar el caso las pistas individuales, necesitamos otros métodos de investigación.

Tras su respuesta, los sospechosos parecían no caber en sí. Algunos en determinación de inocente, uno o quizás con un cómplice como culpable de asesinato. No podía dejarles ir ahora que la inspectora Beltrá estaba recogiendo las pistas necesarias. Los reunidos en aquella sala creerían que sin responder no se conseguiría la verdad. Sin embargo, sin sus declaraciones, sólo con el simple gesto y comportamiento, la inspectora podía concluir una determinación. Ellos no lo sabían, pero el análisis que María Beltrá les realizaba iba más allá de un mero diálogo o guiño físico.

Otra de las presentes levantó la mano con el fin de responder a las diversas cuestiones que disponía a preguntar Beltrá.

-De acuerdo, ¿podéis volver a contarme qué hacíais en el momento de los hechos?

- Me llamo Julia, y soy vecina del barrio. Hallé el cuerpo sin vida de Mario, tendido en el suelo de la sucursal. Ya declaré, al igual que mis compañeros, en la policía. Pero estoy dispuesta a seguir con el caso con tal de saber quién es el asesino. Espero que se haga justicia, y el asesino se pudra en la cárcel.

Acto seguido, Paula, la empleada de Manuel comentó rápidamente unas palabras:

-Señora Beltrá, no sabemos por qué nos ha reunido aquí exactamente. Ya hemos colaborado en todo lo que hemos podido con la policía. ¿Para qué nos hace venir? Me parece de mal gusto que nos haga perder el tiempo sólo para que hablemos sobre un tema que ya hemos compartido con vosotros. Así pues, si me disculpa, si no hay novedades de las que hablar, me voy que tengo mucho trabajo en casa.

El ojo atento de la inspectora vaciló en el mismo instante que Paula decidió levantarse de la silla. ¡Caso cerrado! Ya sabía quién había sido el asesino. De los cuatro sospechosos que se hallaban sentado en sus respectivos asientos, tres de ellos habían hablado. Cada uno con una distinta personalidad, Manuel de manera dudosa y cautelosa; Julia decidida y dolida por la muerte de un vecino del barrio; Paula vacilante y combativa sobre las causas de la reunión. Y, por último, Carlos, atento y humilde; un hombre de personalidad introvertida, del cual no obtuvo una respuesta oral pero sí física.

-No os puedo dejar marchar. –Concluyó la inspectora Beltrá decidida.

Todos los presentes levantaron en cólera por este aumento de autoridad. Aun así, todos permanecieron en sus sitios, vacilantes y expectantes.

-Ya sé quién es el asesino.

Las caras de los sospechosos se tornaron radicales ante tal acusación. Frente a la alegría de unos, el nerviosismo de otros. Sólo uno de ellos había podido realizarlo, y la causa saldría a la luz.

Ante la respuesta tan directa que dio la inspectora, solo una persona habló, mientras que los demás permanecieron callados:

-¿Sí? ¿Ya ha descubierto quién es el asesino? Qué rapidez, si sólo hemos estado conversando diez minutos. –Un tono burlón emergió de sus labios. –Dilo de una vez, ¿a qué esperas? Todos estamos atentos a tu declaración.

Julia había hablado. Y su réplica fue decisiva para la determinación final de la inspectora Beltrá:

-Sí, como habéis oído. La persona que ha matado a Mario, banquero del barrio, tenía unos motivos bastante espeluznantes... Tenía una amante. Seguramente fue asesinado por "amor" –La cara de los asistentes cambió por completo, incluida la de Julia. –Aunque estuviera casado, mantenía relaciones amorosas con otra mujer, seguramente, ésta también esté casada. De los aquí presentes, todos tenían motivo para asesinarlo. Manuel ha perdido su trabajo y mucho dinero que lo ha llevado a la bancarrota; Paula era su empleada, por lo que también tendría motivos relacionados, además, testigos la vieron paseando por las calles del barrio Santa Carmen durante las horas del crimen; Carlos es veterinario, y su local se halla cerca del lugar de los hechos. Además, fue asesinado por una inyección parecida al que se utiliza para sacrificar a los animales. Todas las piezas del puzzle encajan. Pero… ¿Y usted, Julia? ¿Sólo por hallar el cadáver? No lo creo. Me he fijado que llevas la alianza, lo que determina que estás casada. Sin embargo, he notado que no existe una marca blanca en tu piel causada por el anillo. Eso significa que se lo ha quitado en diversas ocasiones. Usted es la amante del señor Mario, ¿verdad?.

La piel de la sospechosa cambió de color hasta parecer asfixiarse. Colorada, morada, cambiaron a un tono amarillento muy peculiar en estos casos. ¿Sabía que la inspectora Beltrá la acusaría de asesinato?

-También investigamos y conseguimos testigos que indicaban que había comprado una inyección como la anteriormente mencionada. Usted es la asesina. Lo que no me encaja es, ¿por qué no testificó en su contra el

señor Carlos?

Todos los asistentes giraron la cabeza en su dirección. Carlos, como una estatua, parecía no reaccionar ante tal acusación.

-No hace falta que conteste. Sabemos por qué no explicó la verdad. ¿Cuánto le paga por sus servicios? Un favor por otro, ¿no es así? Ustedes dos también tenían relaciones, ya sean amorosas o simplemente sexuales. Y Julia le aseguró que nadie se enteraría, ¿quién iba a sospechar de ella? Pero lo que no comprendiste es que te encuentras relacionado directamente con el asesinato de una persona. No lo habrá realizado usted, pero eres un cómplice.

Julia se defendió inmediatamente:

-¡Eso no es cierto! Yo no he sido. Y Carlos tampoco se halla relacionado con el caso. ¡Os lo hubiera contado! ¡Os voy a poner una denuncia por acusación indebida y daños morales, ¡me habéis llamado puta!

-Carlos, podemos realizar un inventario de los objetos de tu veterinario. Ahí sacaremos a la luz que vendiste el medicamento, incluso alguna jeringa de más. ¿De verdad deseas seguir mintiendo y atrasando más el caso?

Carlos no pudo más que admitir los hechos. Llorando, suplicando perdón, le explicaba a la inspectora que no supo para qué lo quería hasta que fue demasiado tarde. Julia le comentó que tenía un animalito moribundo y muy mayor al que quería inyectárselo, para que no sufriera, y la creyó. Una vez realizado el crimen comprendió el por qué, pero para entonces ya habría sido relacionado con los hechos, y tuvo miedo de contar la verdad.

-Julia, quedas detenida por el asesinato de Mario Vargas Colmenero. Dese la vuelta por favor.

Mientras la inspectora Beltrá le colocaba las esposas, Julia miraba al infinito. Le cayeron varias gotas sobre la camiseta morada que el mismo Mario le había regalado por su cumpleaños. Sabía que lo echaría de menos, pero no tuvo más opción que hacerlo. No podía consentir que la dejara otra vez por su esposa. ¿No prometieron amor eterno? Iba a dejar a su marido por él, pero el traidor pensaba abandonarla para arreglar las cosas con su mujer. Sólo consiguió mencionar unas palabras antes de que la sacaran de la sala:

-Se lo merecía. El muy traidor… ¡Me iba a abandonar! Él no quería a su mujer, me quería a mi… ¡Lo que hice fue por el amor eterno! – Tras la última exclamación, la asesina concluyó con una horripilante carcajada enloquecida.

Capítulo 3

A UNA HORA EXACTA

Mi corazón palpitaba extremadamente deprisa, pero no me importaba. Sabía que lo hacía por una buena razón. Es más, la mejor razón del mundo; el motivo de mi existencia. Y corrí por las calles de Madrid, como si no hubiera nadie a mi alrededor. No me percaté del autobús que salía a las 20.00 hacia una nueva parada, no me fijé en aquel tendero que limpiaba los cristales de su íntimo comercio. Me hallaba solo, en un mundo de ilusiones y posibilidades. ¿Pero qué más da? Al fin y al cabo, el motivo de mi vida acabaría yéndose en un tren sin marcha atrás. Se iría para no volver. ¿Cómo había sido tan estúpido de dejarla marchar?

No podía permitirlo, y por eso, mi rápida actuación ante su ausencia. Mis vaqueros no cedían tan ágiles movimientos, aun así, mi cuerpo y mi mente no se permitían dejar escapar la única ilusión que tenía. Y corriendo por las calles en dirección a la estación del tren, observé a una pareja en su parcial intimidad. ¡Cómo se exteriorizaba su amor! Se fundieron en un largo y profundo beso. Sus abrazos fueron armonía pura frente al entorno tan áspero y urbano.

Mis piernas, débilmente, ralentizaron su marcha. Estaba claro que me recordaba al amor de mi vida en aquella perfecta pareja. Parecía incluso que esa mujer de pelo castaño era Pilar. ¿Y su amante? Un momento… ¿ese no es mi hermano? La desesperación me inundó por completo al presenciar la infidelidad más dolorosa. Las lágrimas surgieron sin avisar de mis sorprendidos ojos verdes. Y por aquella razón fui en su búsqueda. ¡Sabía que me estaba engañando! La muy golfa me había hecho creer que no llevaba razón cuando me contaron su infidelidad. ¡Fui tan tonto que la creí! Pobre de ella cuando la pille, ahora, in fraganti… ¿qué escusa pondrá ahora?

Y me fui acercando hacia la pareja que aún se hallaba en medio de su amorío. Situándome detrás del que creía ser mi hermano, le cogí fuertemente del brazo con un grito desgarrador. Pero toda mi valentía e ira se fundió en confusión y tristeza cuando es hombre se dio la vuelta con cara de dolor. Unos ojos azulados se posicionaron frente a los míos, asustados. El breve grito de temor de aquella joven me sacó de mi ensimismamiento y obsesión de infidelidad. Aquélla no era Pilar, como tampoco mi hermano era su acompañante. ¡Quizás tuviera razón mi amada cuando me abandonó! Puede que necesite ayuda psicológica, pues solo veo infidelidades ante mis ojos. ¿Hasta dónde iban a llegar mis celos? Casi agredo a una pareja indefensa a causa de mi extrema obsesión. Debí

confiar en ella, no dejarla escapar… Pilar…

Observé un reloj en lo alto del edifico dictándome la hora en la que me encontraba. Ya eran las 19.55, y mi querida Pilar saldría velozmente de esta ciudad, ignorante de mis hechos. Debía llegar antes de su marcha. Quizás pidiéndole perdón y explicándole mi arrepentimiento consiguiera su retorno. A lo mejor sigue sintiendo ese amor por mí, y logre que me perdone.

Sólo existían los "quizás" en mi cabeza, dándome vueltas de manera vertiginosa; me provocaban náuseas… Pero mi fuerza de voluntad consiguió que me recompusiera y corriera, otra vez, hasta la estación de tren. Una pared blanquecina con toques amarillentos, singular por el paso del tiempo, fueron los predominantes en una estación que se situaba casi vacía. Me subí a un banco situado cerca de la puerta para poder tener una mejor visión del lugar. Visualizando entre la gente de la terminal, no conseguí averiguar el paradero de mi amada. ¿Habría subido ya? Los pasajeros comenzaron a entrar por una pequeña puerta hacia el interior del tren con rumbo a… ¡No tenía ni idea a dónde iban esos trenes! Como tampoco sabía en cuál de ellos estaría Pilar.

La ansiedad comenzó a adueñarse de mí a cada segundo que pasaba. Decidí preguntar al hombre de control sobre el destinatario. Quizás supiera, gracias a algún detalle, dónde había preferido ir mi amada. "A Barcelona el tren 1, a Alicante el tren 2". ¿Barcelona y Alicante? ¿Dónde iría Pilar? Las dudas comenzaron a alborotarse nuevamente en mi cabeza. Al final concluí por Alicante, y avancé hacia los blancos vagones. Pero el pitido de salida me sorprendió muy cerca de la puerta, que ahora se cerraba ante mi persona. A los pocos segundos, el tren 2 comenzó lentamente su marcha.

Antes de alejarse el último vagón, me percaté de una cabellera castaña. Tal mujer dio media vuelta observando aquella estación por última vez. Unos familiares ojos marrones se encontraron con los míos, diciéndome "adiós" con sus pupilas oscuras. Y el tren en dirección Alicante se desvaneció ante la oscuridad de la noche. No pude olvidar aquella sensación de abandono y soledad… Había llegado tarde. Si no me hubiera parado con aquella pareja. Si no fuera un obseso del control y hubiera confiado en ella. Si me hubiera dejado llevar más por mis sentimientos que por la razón, no la hubiera perdido.

Así estuve varios minutos, de pie, mirando al infinito. Creyendo que ese tren volvería a la estación, que daría marcha atrás. No fue así.

Metí la mano en el bolsillo de mis vaqueros para sacar la cartera. Fui a la taquilla, mirando a la dependienta con decisión: *Deme un billete hacia*

Alicante, por favor. Mi alma y corazón se ha ido con ese vagón, quisiera recuperarlo.

Capítulo 4

EL PODER DEL LLANTO

Yo la amaba con toda mi alma., pero ella no parpadeaba. Hasta hace unos minutos todo iba genial, unos llantos de expresión e histeria se unieron a los míos de alegría y diversión. ¡Qué criatura más preciosa! E iba a ser toda mía. Mis manos ya temblaban por el simple hecho de poder abrazarla, de poder sentir por primera vez su aliento en mi pecho, sus llantos cada mañana. Yo la cuidaría cada minuto de mis días, ¡hasta el fin de los tiempos! Me prometí una y otra vez en el momento de conocerla.

Un aire de complacencia, amor y confort se adueñaron de mi corazón como nunca antes lo había hecho otra persona. No sabía que estas sensaciones pudieran existir, ¡y mira ahora! Ensimismada mirándola, observando detalladamente su cuerpecito desnudo, sus enérgicos movimientos, con los que había determinado una vida de fuerza y valentía.

Pero ahora no reaccionaba. Ella no parpadeaba… su gimoteo había desaparecido; había dejado paso a un centenar de voces masculinas y femeninas que decían, altaneras, que algo iba mal. ¿Pero qué problema había? Nadie me miraba a la cara; puede que por evitar una pronta calamidad, puede que por no dejar ver la tristeza de sus caras, que comenzaba a invadir la sala. Y yo, suplicando una explicación, suspirando todo el aire de la estancia, que parecía desaparecer por momentos, les gritaba que me dejaran ver al amor de mi vida. Pero las alarmas se encendieron cercanas a mi camilla, y una cortina blanquecina me impidió visualizar qué había más allá de esas nubes que entorpecen ver el sol. Fueron momentos de tensión y deploro. No quería imaginar qué podía haberle pasado a mi niña; prefería no saberlo, ¿o sí?

En el mismo instante que decidí levantarme de la camilla, las cortinas se abrieron abiertamente, unidas a una mano temblorosa. De pie ante el hombre que me había ayudado, no tuve más que mirarle a los ojos para saber lo que sucedía. No lloré; la tensión y malestar que tenía dentro de mi corazón habían ocupado cada rincón de mi felicidad, de mi amor o ternura. No habían dejado hueco para nada más, ni si quiera para extraer esa tristeza y melancolía con unas gotas amargas.

No pude, no. Como tampoco quise acercarme al lugar que me indicaban. Había encontrado al amor de mi vida, y tan pronto se había ido… No quería enfrentarme a la realidad con tanta rapidez. No quería, no podía… pero mis pies comenzaron a dar pasos lentos. Intranquilos, se aproximaban al lugar de los hechos, allí donde todas las inocentes almas

se hallaban por unas horas hasta poder desaparecer en paz. Y allí la vi. Su cuerpecito desnudo, sus extremidades durmientes, mis párpados descansando plácidamente. Puse mi dedo entre sus manecitas aún templadas. Era tan preciosa…

El silencio conquistó la sala durante unos minutos, los cuales se manifestaron eternos para mi mente delirante. Creí notar que varias gotas recorrían mis mejillas cuando lo oí. Un grito desgarrador y suplicante había dado comienzo a una nueva vida. El calor que parecía desaparecer poco antes, había dado un giro enorme. Los médicos, decaídos por el suceso, dieron un salto, asombrados por la presente realidad. Mis ojos se abrieron de par en par, expectante ante aquel suceso. Por fin mis lágrimas cayeron rebeldes; por fin pude llorar plenamente, pero esta vez, de alegría.

Capítulo 5

Un diminuto corazón

El pequeño corazón sonreía, pues la mujer de sus ojos le había dado la mayor alegría del mundo. Un sí a la pregunta tradicionalmente conocida como la más deseada, había sido la causante de tremendo esplendor. A su vez, el diminuto corazón latía rápido, impetuoso. Los nervios comenzaron su danza, dotando al chico de unas gotas de sudor. La mente, abierta ante tal respuesta, no sabía si botar de alegría o caer, rendida, ante tan alta presión.

Su cuerpo vibraba al son de los sonoros latidos de su corazón. No se sabía que ocurría en el interior de aquella bolsa acuosa y viscosa. De lo que sí estaban seguros los padres, es que su bebé seguiría en camino, y una ilusoria patada en la barriga de la madre hizo brotar unas lágrimas de alegría.

Capítulo 6

La escritura

Llevo tiempo sin escribir. Por circunstancias de la vida, laborales y académicas, no he podido sacar a la luz mi subconsciente, como suelo hacer cada vez que escribo.
La escritura, personalmente, es una técnica con la que poder plasmar sueños, tus inquietudes. Principalmente describes tu personalidad a través de las letras tan bellas, armoniosas y placenteras que escribes, pues lo que intentas revelar a los demás es tu mismo ser. Tu máximo secreto recreado por historias de amor, terror o misterio. Por esta misma razón, mi blog literario se titula "Sueños de Medianoche", puesto que nuestros miedos y esperanzas aparecen repentinamente a lo largo de la noche transformados en sueños.
Pero la escritura no es solo una técnica, es parte de tu vida. ¿Qué haría yo sin un lápiz y un papel? Quizás tendría los ojos y el corazón tapados con una cinta negra, creyendo que era feliz sin ello. Pero me estaría engañando, tal y como Platón nos ejemplificó en su Mito de la Caverna. Mientras estés encerrado en una cueva sin salir al exterior no echarás en falta algo que no has vivido. En mi caso no es así: siempre echaré en falta no poder escribir a altas horas de la madrugada.
Sueños

Representación mental de imágenes, sonidos, pensamientos o sensaciones durante el sueño. Proyecto, esperanza, vida. Los sueños son metas a dónde deseamos llegar.

La libertad existe tan sólo en la tierra de los sueños.

Friedrich Schiller

Capítulo 7

El fin de una lucha

21/1/2010

Creía que había hallado la felicidad hasta que los encontré. Un abismo aparecía ante mí constantemente, provocando espirales internos. Vértigos… dolor de cabeza… ¿estrés? Estos síntomas eran habituales en mi persona, en mi salud. Sabía que estaba enferma. Sabía que poco a poco todo se iría al garete. Sabía, ante todo, que tendría que estar medicándome de por vida. Y todas estas sensaciones me provocaban angustia, malestar. Me sentía entristecida… Abandonada por todos a los que consideraba amistades. Comencé mi encierro interno, creyendo que así huiría de todas estas emociones. Pero las huellas se apoderaban de mí, recordando vidas pasadas. Recordando todos los momentos fantásticos que viví junto a estas personas.

Estaba claro que acabaría abandonando esta vida, tarde o temprano, como lo habían hecho mis abuelos, mis antepasados... La vida era así, rápida, concisa e inexplicable. Y debía vivirla al máximo.

No sabía cuánto tiempo me quedaba; el cáncer que me detectaron hace unos meses parecía que avanzaba a gran velocidad. ¿Podría, en realidad, disfrutar de los pocos meses que me quedaban?

25/2/2010

Ya ha pasado un mes desde que escribí la última vez. La quimioerapia no ha funcionado, parece que se resiste, activamente, a desaparecer de mi cuerpo. Pero sigo teniendo esperanzas… Personas a las que creía haber perdido están a mi lado. ¿Seguirán estando cuando acabe la recta final? No lo sé… Solo puedo decir que debo disfrutar el día a día y esperar. Una larga espera que no sé cuándo acabará. ¿Tendré una segunda oportunidad?

30/4/2010

Creo que debo considerar comenzar con una nueva terapia, una más natural. Me han comentado que la dieta es muy importante para mi recuperación. ¿Será eso verdad? Puedo intentarlo. Tampoco me cuesta nada… solo unos cuantos días, una simple pérdida que quizás mejore mi salud. Tengo tantos sueños que cumplir… tanto que vivir… ¿Por qué me ha ocurrido esto a mí?

26/6/2010

Parece que mi nueva vida ha dado fruto a nuevas esperanzas en mi salud. Puedo considerar que he aprovechado el tiempo, cada momento de

mi ser ha disfrutado de un futuro que quizás no disfrute, ¿o sí? En cualquier caso, creo que debería acabar aquí. Lo que tenga que ocurrir, ocurrirá. No puedo luchar contra un destino impuesto por la naturaleza. Aun así, sigo teniendo esperanzas de mi mejoría.
Este es el diario de una lucha, que quizás gane o no, pero plasma una valentía, una decisión por mejorar, unas ganas de vivir. Todo aquel que lo lea será recompensado con mi positividad, con mi fuerza, y sobre todo con mi alma.

Aquí se cierra un capítulo de mi vida. Aquí acabará una triste historia para dar comienzo a una llena de alegría y bienaventuranza.

Capítulo 8

El amor siempre traiciona

No eras el jefe de mi camada, no tenías importancia en mi vida. Pero un día me impresionaste; acabaste por ser alguien importante en mi vida. No quería que esto sucediera, pero ocurrió. Mi vida cambió radicalmente al verte, al sentirte, al escucharte… Sucedió una catástrofe, un argumento de ser, una ilusión en la vida que no era capaz de hacer realidad. Aun así renaciste, entre tus propias cenizas, capaz de ser el dueño de una vida, una realidad que no era la tuya. E imperaste el mundo de mi persona, de mi ser.

Sin embargo, lejos de todas aquellas ilusiones, felicidad incrustada a base de mentiras, acepté que no me querías. Que todo aquello a lo que me había aferrado era ilusión, pantomima, un recreativo que fue capaz de poseer todos mis sentidos.

No sentí nada como aquella sensación de quererte, de amarte, a escondidas ante el mundo. Un silencio mutuo que solo nuestras miradas podían comprender. Un silencio, una pausa que sabíamos que llenaríamos ante las andanzas de nuestro amor. Pero no fue así, mentiras tras mentiras se suspendían en un hilo flotante, capaz de derrumbar cualquier realidad circundante. Un hilo transparente, el cual había sido construido por esa pareja de amantes, que lo habían dado todo ante su amor, pero absolutamente nada ante millones de ojos que los percibían.

No tenía solución aquel amorío, como tampoco lo tenía una realidad inventada por unos ojos que fueron capaces de mentir ante toda la población.

Este amor estaba destinado a envejecer, a suprimirse al poco tiempo de empezar la historia. Una historia que parecía ser insolvente, pero que acabó por ser inaccesible por los amantes que la vivieron.

No puede retornar esta vieja historia de amor. No pueden cumplirse los sueños olvidados de estos dos viajeros que creyeron ser dioses y ocultaron su historia. Solo quedó de ellos una olvidada andanza de amor, cuyos labios saborearon la pasión que se tenían el uno al otro.

Nunca más se supo nada de éstos. Su historia acabó aquí, cuando él desconfió de su amor y ella no dio solución a este error.

Capítulo 9

Soledad

Se vislumbraba una copa en una mesa lejana. Unos labios marcados en ésta, rosados, parecían recién expuestos en el vaso medio lleno. A su lado, un cigarro encendido parecía apagarse cada segundo que marcaba el reloj. La habitación parecía una estancia vacía, pero a la vez ocupada por dos personas que no se conocían realmente. La mujer, acostada, puede que ebria, en la cama, roncaba de la misma forma que salivaba sobre la almohada. Yo, en cambio, me hallaba sentado en un sofá de piel que ya tenía mi forma por costumbre.
Sí, una pintura realista que deterioraba el ambiente. Un olor a óleo, tabaco y alcohol se encontraba impregnado en las paredes de aquella habitación. Y aún teniendo compañía, aquella mujer de tinte rubio con los ojos almendadros, sentía una soledad que me arrollaba con fiereza.
La copa de vino seguía en su sitio, con su misma marca de carmín. El cigarro se iba apagando lentamente, como mi propia vida.
Sentado en el sofá donde tantas veces había vivido esta misma situación, sentí esta fuerte sensación de abandono.
Estaba totalmente aterrado, porque... ¿qué es más aterrador que la soledad?

Capítulo 10

¿O sí?

Creo que la belleza está en el interior. ¿O puede que no?
No estoy segura de que la belleza esté en el interior, pero la realidad es que nos fijamos en todos los detalles de esa persona a la que amamos. Puede que al cabo del tiempo, de los años, amemos a esa persona sin necesidad de fijarnos en su físico. Pero... ¿qué es lo que nos llama la atención de esa persona en un inicio?

Desde el comienzo de la relación caes en las redes aislantes y casi infantiles del amor. Incluso puedes dejar abandonados a tus amigos por estar en compañía de tu amad@, pero... ¿vale la pena? Después de varios años sin relacionarte con tus amistades, vuelven otra vez a tu vida, de una manera u otra. Crees que no hay complicaciones en volver a salir, quedar, festejar. Sin embargo, todo ha cambiado y no vas a poder hacer nada para remediarlo. Nunca volverá a ser lo de antes, porque siempre se "perdona pero no se olvida". Y nunca olvidarán el daño que les has hecho por abandonarlos por un amor que quizás no acabe bien. ¿o sí?

¿Qué haremos, entonces, si en el caso contrario es tu pareja la que no se lleva bien con tus amistades? Nunca te desesperes porque ese sería el camino más fácil. No sabemos qué podría ocurrir si llegara el caso en el que nos dieran a elegir entre los amigos o las parejas.

Yo... sinceramente no sabría que elegir... ¿o sí?

Capítulo 11

Nuestro destino

El tiempo pasa y nunca nos percataremos de todo aquello que nos perdemos. Eso mismo ocurrió con Daniela, quien sufrió toda su vida esperando que algo bueno sucediera. ¿Es precisamente eso lo que nos hace seguir viviendo? Aguantas, soportas y tragas muchas cosas que no deberíamos pasar. Sin embargo, la vida sigue, y nuestra esperanza de que una suerte favorable llegue a nuestras vidas sigue vigente en nuestros corazones.

Daniela nunca dejó que esta llama se apagara porque sabía lo importante que era para avanzar en su historia. Una historia que transita toda persona capaz de levantarse y sonreír cada golpe impuesto por el destino. Nosotros creamos nuestro camino, lo señalamos con nuestros pies, lo adjudicamos con nuestros hechos.

Daniela tenía muy claro cuál sería su destino, y cuáles eran sus metas. Ella sabía que con el esfuerzo todo podría conseguirse, y que lo bueno tarda en llegar pero, al fin y al cabo, acaba apareciendo al final del túnel oscuro. Porque ella sabía que la historia continúa, y que nosotros, ignorantes, somos los que creamos nuestro destino.

Capítulo 12

VIRGEN DEL CARMEN
Este poema está dedicado a la Virgen del Carmen, en honor al 250º aniversario de la misma en San Fulgencio.

Así viniste: frágil, hermosa.
Apareciste de entre los mares
rodeando de calidez a los hombres que lo necesitasen,
ofreciendo tu perdón, Virgen del Carmen.
Tu sonrisa y caridad iluminó
a los hombres de antaño que,
rezando ante Dios con lágrimas temblorosas,
pedían a una Santa que los amparase.
Y así continuó tu camino,
recorriendo el alma de los necesitados,
más aún de aquellos pescadores,
a los que, con tu presencia, tanto habías alegrado.
Estrella de los mares,
de esta manera te denominaron,
admirando con júbilo
una plegaria que te dedicaron:

Flor del Carmelo Viña florida,
esplendor del cielo,
Virgen fecunda, singular.
¡Oh Madre tierna, intacta de hombre,
a todos tus hijos proteja tu nombre,
Estrella del Mar!

Y ahora nosotros, tus hijos,
celebramos con alegría el día que te hallaron.
Allí, subida en aquel frondoso monte,
esperando nuestra llegada,
que ante los ojos de Dios será festejada.
Doscientos cincuenta años hace que te imploramos,
por aquellas almas, caritativas,
que te acercaron a nuestro poblado.
Y festejando la virtud y honradez de nuestra Señora,
obsequiamos una gran ofrenda a los necesitados.
Bailes y misas fueron tradición en San Fulgencio,
para celebrar la llegada de nuestra Santa,
siendo en 1946 un año grandioso,

cuando los lugareños se volcaron para una buena causa.
Y la Virgen, ya reformada,
continuó su camino por nuestras calles,
tan majestuosa y hermosa,
que llenó de júbilo nuestros corazones.
Los san fulgentinos, perfumados por su fragancia,
esperamos, ansiosos, la salida de la Santa.
¡Ya se halla a hombros de los costaleros,
que, ilusionados, alzan a la Virgen hacia el cielo!
Ya son 250 años de fe, culto y devoción,
que se rinde a la Estrella de los mares,
tan hermosa ella,
cubierta de motivos florales.
No entristezcas, Señora nuestra,
pues una vez más, te engrandecemos con nuestra ofrenda.

Capítulo 13

El dicho de un sabio

Mi abuelo me decía... "niña, no te calientes la cabeza por cosas sin importancia". Acto seguido, me daba un abrazo y se marchaba con una amplia sonrisa.

¿Por qué os cuento esto? Porque mi abuelo era así: feliz, siempre sonriendo, siempre viviendo la vida al máximo sin importar lo que pudiera pasar. Y por eso, cada vez que yo lloraba por cosas sin importancia, él venia a darme ese abrazo que lo curaba todo y me hacía volver a la realidad.

Yo era niña todavía cuando me acunaba, cuando me sonreía, cuando me guiaba por los huertos de la familia. Porque él me guiaba siempre, nunca me soltaba de la mano aunque tropezáramos. Si caíamos, sería agarrados de la mano.

Ahora, sola contra el mundo, pienso en él cada segundo de mi vida para seguir afrontando el día a día de la mejor manera posible. Echo en falta su calor y su alegría, y sobretodo sus refranes, los cuales siempre solían elevar las comisuras de mis labios. Pero ya no está, y yo debo seguir luchando; debo seguir en pie sustituyendo sus pasos por los míos; creando nuevas huellas que, en un tiempo futuro, deberán completar mis hijos o nietos.

Muchas veces me pregunto si yo seré tan buena persona como mi abuelo. Si, algún día, seré tan feliz como lo fue él. Me pregunto a todas horas, si podré parecerme en algo a él, ahora o en un tiempo lejano. No estoy segura de hacer las cosas bien o mal. Tampoco lo estoy de muchas de las decisiones que tomo a lo largo de mi vida. Pero de lo que sí estoy segura es de intentar hacerlas lo mejor posible.

Porque las cosas no siempre están bien o mal hechas, en ocasiones solo cuentan las intenciones con que las realices. Puede que no salgan perfectas, pero sí de una manera correcta según el propósito.

Y por eso mi abuelo me decía que no le diera más vueltas a temas sin

importancia, porque todo tiene solución. Todo menos la muerte.

Ahora entiendo a la perfección sus palabras. Y ahora es momento de cumplirlas...

Capítulo 14

ME LLAMO OLVIDO

Es extraño...

Siento que algo me oprime. Es una sensación extrañamente familiar. Aun así, no puedo llorar, las lágrimas no tienen suficiente fuerza para brotar de mi oscuro interior y rozar estas pobres mejillas.

No creo que pueda mencionar una palabra que sea coherente... mi mente va mucho más acelerada que mi propio cuerpo. Pero debo intentarlo. Balbucear, un pequeño movimiento, quiero ser atendido. Sin embargo, mis últimos esfuerzos por llamar la atención provocan otro tipo de comportamiento. ¿Puede que me hayan atado de pies y manos?

Me siento solo. Nadie me comprende. Por ahora, nadie me aporta esa seguridad que tanto necesito.

Tengo miedo... ¿Será normal? Parece que seguiré en esta soledad un tiempo más. He oído que acabaré olvidando todo lo que quiero, ¡pero yo no deseo eso! Estoy desesperado ¿Cómo podré remediarlo?

Acaba de entrar una joven con su interminable sonrisa. No recuerdo quien es, pero mi corazón toma el mando, siente por mi. Parece que tenía un gran aprecio por ella. Incluso me habla con cariño. Me está dando esa seguridad que tanto anhelaba. ¿Será porque ya es demasiado tarde? Realizo un intento por abrazarla, quiero decirle cuánto la quiero. Pero otras personas que se situaban en la sala solo saben apretarme más las muñecas y los tobillos. Quieren que me tome la medicación. ¡No entienden que no quiero más pastillas! Solo quiero estar con aquellas personas a las que recordaba, aquéllas con las que me sentía seguro, con las que reía, con las que disfrutaba de la vida. Pero aún no han venido. ¿Dónde estarán? Quizás sean todas éstas que están enfrente mía.

No puedo recordarlo...

Decaigo lentamente. Mi visión se oscurece junto al resto del cuerpo. No puedo luchar más por una causa que no puedo controlar. Estoy muy cansado. Quizás sea hora de rendirse y ser libre. Quizás deba irme para que estas personas que se hacen llamar mi familia puedan dejar de

sufrir... por mi.

"Quiéreme. Aunque duela. Aunque no te reconozca. Quiéreme. Por lo que fui, por lo que podría haber sido. No tomes en cuenta mis habladurías, mis acciones, mientras estaba en este trance llamado Olvido. Sabes que te adoro. Puede que mi mente te haya olvidado, pero mi corazón siempre estará junto a ti.

No lloréis por mi. No vale la pena. Yo asumiré las culpas, las lágrimas, los gritos... Pero a cambio quiero una cosa. No me olvidéis vosotros a mi, porque yo no tuve elección. Ayudarme, protegerme. Necesito ayuda, y no puedo pedirla. Abrazadme, arropadme. Haced que vuelva a ser yo mismo hasta el día de mi despedida. Seguid tratándome como siempre. Como si aún os recordara. Intentad que siga sintiéndome persona un día más, hasta que mi alma no pueda más. Hasta que mi corazón deje de recordaros, de sentiros.

Mientras tanto, queredme, pues vosotros podéis recordar como era desde mi juventud..."

Capítulo 15

El cambio más visible

Érase una vez una niña que soñaba con ser normal. No era tan diferente a las demás niñas, pero su comportamiento era un tanto especial.

No jugaba con muñecas, ni tampoco a las cocinitas o amas de casa, pues prefería vestir cómoda y correr por los campos de su poblado. Fue discriminada toda su vida por tener más amistades del sexo opuesto, y por tanto, asemejarse más a éstos que a su propio sexo. Sin embargo, ella era feliz. Feliz de encontrar a unas personas que la entendían después de muchas otras personas que la rechazaban.

Su gran corazón hizo que muchos la quisieran tal y como era, pero que otros tanto la odiaran por ser "distinta" a todas las demás mujeres: sumisas, controladoras y altamente recargadas de complementos textiles. Años más tarde, la niña creció y halló al amor de su vida, su príncipe azul. Aquél al que estuvo buscando todos los días y con el que soñaba todas las noches. Una persona que, además de honrarle con la virtud de la amistad, confiara en ella. Y sobre todo, que la quisiera tal y como es.

Mientras tanto, las mismas personas que la recriminaban de pequeña, seguían haciéndolo de mayor, aun cuando supiesen que era buena persona, y que amaba y amaría a todos sus allegados aunque éstos le dieran la espalda. Los amigos cercanos a ésta le sugerían que siguiera adelante, y que dejara atrás las malas lenguas. Porque esta niña, ahora ya mayor, no se merecía las cosas que le ocurrían, o por lo menos, eso creía.
Hubo problemas, cada cual más extraño y doloroso. Y esta joven dama dejó de ser la niña que había sido, dejando paso a un carácter y un comportamiento diferente a lo acostumbrado. Aun así, esta muchacha seguía teniendo ese gran corazón, en cambio, esta vez se hallaría envuelto entre varias capas de autoconvencimiento y nostalgia. Entre algodón y hojas marchitas, entre alegrías y penas. Entre la salud y la enfermedad.
El primer intento de suicidio fue clave para su posterior futuro, puesto que los familiares supieron de este hecho y pusieron remedio al instante. Varios años después, entre médicos, psicólogos, pocas amistades, familiares... pusieron punto y final a esa etapa de su vida en la que creía ser el patito feo, convirtiéndose en un bello cisne.

Actualmente, esta mujer ha encontrado la estabilidad que necesitaba y

que tanto ansiaba. Los problemas de salud siguen acechándola, pero van solucionándose. Tantas clases de terapia habían conseguido que se convirtiera en una verdadera piedra, la cual no cambia físicamente pero se erosiona en su interior. Ahora, el poblado sigue considerándola una persona extraña y diferente, pues, aunque ya vista como una mujer, tenga una pareja excelente y unas amistades que la protejan, siempre habrá algo por lo que la recriminen.
¿Pero no consistía en eso la vida? Ahora entiende que el mundo no es de color de rosa. Que las cosas se consiguen por el esfuerzo, y que si tenía un problema debía ponerle solución, aunque eso conllevara estar sola para siempre. Sabía que el sufrimiento es parte de la humanidad y que sin él, muchas de nuestras decisiones no significarían nada.
Sí, ahora lo comprendía todo, y gracias a la ayuda aportada lo había conseguido. Ya no sería esa niña que ansiaba una vida perfecta y llena de felicidad, ya que esa ignorancia había desaparecido. Tampoco era esa joven que creía que su vida era tan insignificante que debía morir antes que causar más molestia a los que la rodeaban. Ahora era una mujer nueva, capaz de elegir y dirigir su vida como quisiera y complaciera.
Eso sí, había adquirido frialdad y temperamento al cabo de los años, a cambio de su inocencia y sus sentimientos tan profundos. Su gran corazón seguía intacto, lo había conseguido, no sufriría más por la antigua vida. Sin embargo, no sabía exteriorizar ese amor y esa alegría que tenía tan profundamente guardada.

¿Valía la pena dejar todo eso atrás?